

Curas, ¿para qué?

¿Para qué quieres un cura? le preguntaron repentinamente a un cristiano en una sobremesa de amigos. Y un silencio amplio se apoderó de la mesa antes de que farfullara una respuesta que no dejó conforme a casi nadie.

¿Puedo hacerte una pregunta? comentó una adolescente a un cura mientras estaban comiendo. ¿Cómo no? respondió él. ¿Por qué eres cura? Volvió a repetirse el silencio inquieto y las palabras posteriores se entremezclaban sin mucho tino.

También en medio del espacio celeste se oyó una conversación: ¿para qué quieres esos curas? dijo un ángel de túnica oscura a Dios, y una inmensa polvareda de oscuridad se levantó desde la tierra mientras éste intentaba responder.

Difícil pregunta que casi nadie se atreve a responder por miedo a los juicios de los otros, a caer en la propia hipocresía o a enfrentarse con la cruda realidad de los hechos que parecen contradecir las teorías. ¿Quién responderá entonces? Porque sólo contestando a esta respuesta encuentra sitio su vida en el mundo.

Quien dice necesitar un cura no es extraño que después no quiera hacerle mucho caso o tenga que cargar con sus manías, torpezas o pecados, y sin embargo...

Quien dice querer ser cura no es extraño que al poco tiempo le espante la tarea, le abrume la confianza en él depositada o le avergüencen sus propias contradicciones, y sin embargo...

Y Dios, que parece necesitar a los curas, no es extraño que tenga que utilizar (la Escritura está llena de ellas) terribles palabras de juicio sobre ellos hasta dar la sensación de puro arrepentimiento, y sin embargo...

Quizá haya que empezar un poco antes. Y percibir que existe una Palabra que todos buscamos, una Palabra que nutre el corazón con la fe necesaria para ponerse en pie, con la esperanza necesaria para caminar hacia el futuro, con el amor necesario para saciar las fatigas del camino. Que existe una Palabra pronunciada desde el cielo y que tomó cuerpo en la tierra. Una Palabra que de cuando en cuando dice *tú eres mío, sólo mío*, y alguien siente que su boca está hecha para ella, que su alma no puede contenerla en su fuerza de vida, que su vida no puede no hacerla celebración y destino común.

Entonces es a esta palabra a la que hay que preguntar, ¿por qué un cura? Pero ella no responde, sólo dice acógeme de sus manos y su boca, hazme uno con tu cuerpo, ayuda a que me encarne santa en todos y para todos. La pregunta se convierte entonces en alabanza: *Por Cristo, con él y en él...*, y todos aclaman a una su salvación: *Amén*. Aún así todavía vamos de camino hacia nosotros mismos, con el polvo pegado a nuestros pies.